

EL PROF. BAQUERO Y LA EDUCACION DE LA SENSIBILIDAD LITERARIA

ES probable que todas las cuestiones de la enseñanza de la Literatura se reduzcan al aprendizaje de una lectura cabal y discriminada, en superficie y en profundidad, según la fecunda idea de Pedro Salinas, sobre la base de un entusiasmo profesoral y en la inteligencia última de que es precisa determinada predisposición natural para que la superestructura educativa pueda alcanzar las virtualidades que se propone. Todo esto lo vió con claridad meridiana el Prof. Baquero Goyanes cuando por el año 1953 publicaba un precioso artículo en la *Revista de Educación* titulado «La educación de la sensibilidad literaria», en el que sienta las bases anticipadas para llegar a sentir la obra literaria como algo más que un simple juego lingüístico, técnico y combinatorio. La página literaria es un trozo de vida llevado a la escritura con fines artísticos en modo alguno agotados en sí mismos, sino entendidos como posibilidad creadora con respecto del lector, justificación cabal de cualquier empresa. La realidad proyectiva e incitadora de esa página se configura como catalizador de las potencialidades no despiertas todavía en el lector.

De ahí que la sensibilidad literaria sea considerada como un problema educacional en plenitud, considerando la obra como un problema más que como una solución cómoda que busca el acierto de lo definitivo. Esta versión de la obra como algo abierto, visto a través de la perspectiva inmarginable del lector es algo que nos puede parecer normal, si bien no hace muchos años se consideraba caprichoso y poco científico. Cuando René Wellek considera que el profesor de Literatura debería ser un hombre de letras, del mismo modo que el de Filosofía debería ser filósofo, está poniendo el dedo en la llaga. Cabe ampliar un poco más el espacio y consi-



derar, como hace el Profesor Baquero, que el mismo lector algo tiene que tener de hombre de letras para gustar la literatura.

En todo caso y cuando se trabaja el campo de la enseñanza no se puede actuar en el vacío y guiados por el mero capricho, lo que supone una tarea rigurosa donde, asegurada la sensibilidad previa, puede hablarse de una literatura para la memoria y otra para la sensibilidad, entendidas ambas como elementos complementarios en su mutua necesidad. Y es que la dimensión crítico-histórica de la obra literaria evitará que descubramos el Mediterráneo permanentemente, a la vez que nos prepara no para traer las épocas pretéritas a nuestro tiempo –vicio demasiado extendido por estos y otros lares– sino al revés, intentar trasladarnos nosotros a las épocas pasadas con el ánimo dispuesto para entender y penetrar los arcanos que nos ofrezcan. Claro está que permanecer en el plano histórico es condenar a la obra a un destino pobre y limitado, a la vez que detener al lector en los prolegómenos de sus virtualidades. Es precisa la visión personal, el conocimiento vivo y directo, donde las herramientas nunca sobran, solo que no se convierten en protagonista limitado.

Llevado todo esto a la tarea diaria de enseñar, debe ser misión del educador acertar con los textos precisos y ricos y colocar los manuales de historia justo en su lugar, con el propósito firme y decidido de aumentar y ensanchar los caminos que ha de recorrer el lector. Para ello, una vía extraordinaria es el conocimiento de los clásicos, con todos los problemas que comporta de conocimiento histórico, de lenguaje, de alusiones, de estilos distintos, de temas, de referencias, de presencias mitológicas, etc. Estos clásicos van a ofrecer el haz de la hoja, cuyo envés obligado lo constituyen los también insustituibles autores modernos, entre los que deben encontrarse los que escriben en la actualidad y tienen su obra en pleno proceso. La contemporaneidad es tan necesaria como la historia, para que la persona pueda hominizarse a través de la Literatura, en nuestro caso. Y aunadas ambas facies, sigue siendo tarea del maestro promover el desarrollo del propio juicio en el estudiante que va formándose a su vera, así como despertar su admiración por la obra, no por la autoridad del que explica, sino por la convicción allegable a través del propio conocimiento. No se trata de presentar la Literatura como una colección revisada de citas, sino como algo originalmente crítico en su doble procedencia y capacidad: la del profesor, anterior en la historia del proceso, y la del estudiante, posterior en esa historia, pero en modo alguno menos representativa.

Producido el encuentro en las aulas universitarias, la praxis se revela en doble plano necesario. De un lado el deber, que implica siempre connotaciones negativas de imposición y esfuerzo; de otro, el placer, a priori aceptado como algo compensatorio y feliz. El problema es aunarlos sin dicotomías, es decir, establecer una dialéctica fecunda y creadora entre los dos, de modo que cada uno resulte adjetivo nece-



sario del otro en fecunda creatividad simbiótica. Para lo cual, el Profesor Baquero encontraba la fórmula única en el «pulso e intuición del profesor» como elemento definitivo de confianza capaz de abrir y cincelar las capacidades del estudiante todavía no iniciado. Fórmula original y socrática que se traduce en tres modelos de actuación inmediata. Primero, la sinceridad mutua, carente de cualquier reticencia o sentimiento de obligación concordante. Segundo, la marginación total de cualquier tipo de imposiciones rígidas, porque en caso contrario la Literatura se convierte en un conjunto de normas y datos almacenables. Tercero, el acento personal del profesor como guía en la búsqueda del acento personal del estudiante.

Voy a permitirme en este punto una pequeña lista de los autores citados en el artículo que comento. Son los que siguen, sin ningún orden establecido: Aldous Huxley, Cervantes, Garcilaso, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Baltasar del Alcázar, O'Neill, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Alejandro Casona, Federico García Lorca, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Adolfo Bécquer y John Steinbeck. No son muchos y alguno problemático desde perspectivas críticas modernas. Pero son bastantes para lo que desco plantear. ¿Cabe pensar que todos los estudiantes de letras de nuestras Universidades, en la actualidad, acaban sus estudios con un caudal de lecturas como el apuntado? Es una pregunta que me hago a diario y que nos hacíamos mutuamente a menudo el Profesor Baquero y yo durante los últimos años. Quizás nuestras Facultades humanísticas son más técnicas que antes, pero también lo son menos creativas, menos lectoras, menos literariamente afinadas en el conocimiento y el placer a través de los textos personalmente asimilados.

Porque una idea se levanta por sobre todas las demás. Estudiar literatura es leer y nada más que leer, dígase lo que se quiera. Claro está que se puede leer de múltiples modos diferentes, qué duda cabe. Y tarea obligada del profesor que vocacionalmente se dedica a los menesteres de la enseñanza es hallar los caminos a cuyo sesgo y través puedan ser recorridas las singladuras de lector. Mientras el estudiante no asuma con placer y convicción que tiene que leer inacabablemente, la Literatura no será lo que es y debe ser, considerada como objeto de enseñanza y estudio en las Facultades Universitarias. Esa es la base del método que el Profesor Baquero Goyanes establecía en los lejanos años cincuenta. Y la misma que yo comparto y mis estudiantes están habituados a escuchar con, quizá, demasiado harta frecuencia. Pero no hay otro camino.

Después vendrá la tarea en común, la selección de textos conspicuos, el conjugar la historia con el presente más actualizado, la dimensión orientadora y discretamente magistral del profesor, el alumno con su actuación de conocimiento crítico. En definitiva, la ponderada labor estudiosa y creativa sobre y a través de los textos. Pero la lectura siempre será el punto de convergencia obligado.



Y una idea final que no está expuesta en el artículo citado: el profesor como escritor de creación. Una vieja idea debatida en numerosas ocasiones por el Prof. Baquero y yo, que ya no podremos volver a discutir. Yo se que él tenía textos preparados para la publicación, aunque no llegó a traspasar la frontera. De ahí que le alegrara tanto el ver publicados mis dos libros de poemas, sobre los que tanto y tan atinada y cordialmente me habló. Pensaba, y yo con él, que la culminación profesoral radica en la escritura de creación.

Termino por hoy estas breves palabras escritas a la sombra del primer día de otoño. Me siento reconocidamente su discípulo y ha sido una gloria compartir veinte largos años de tarea en común, sin solución de continuidad, por las viejas aulas de la Universidad de Murcia. Maestro cabal donde los haya, solo un deseo me queda por expresar. Si aparecen algún día los textos a que aludo, unir mi nombre al suyo como editor. Habrá culminado así una fecunda identificación personal.

